

La ceguera de los ciervos

*viento abierto / 13*

*Carlos Frühbeck Moreno*

La ceguera  
de los ciervos

EDICIONES DEL VIENTO



© Carlos Frühbeck Moreno 2009

© Ediciones del Viento 2009

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del  
Instituto Municipal de Cultura del Ayuntamiento  
de Burgos correspondiente a 2009



EDICIONES DEL VIENTO S.L.

Avda. Fernández Latorre, 5 - 9, 2º E

15006 La Coruña

Tel: 981 244 468

e-mail: [info@edicionesdelviento.com](mailto:info@edicionesdelviento.com)

[www.edicionesdelviento.com](http://www.edicionesdelviento.com)

Diseño: David Carballal estudio gráfico, s.l.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: xxxxxx

Depósito legal: xxxxxx

Impresión: Valladares, s.l.

Impreso en España / Printed in Spain

## Índice

La ceguera de los ciervos	9
Que brota de la tierra	21
La Virgen de las Fronteras	33
Dibujos animados	45
La armonía de Stanley Krogg	55
La trayectoria de la luz	67
Julia	77
Extranjeros y fantasmas	85
El idioma de las vidrieras	97



## La ceguera de los ciervos

*A deer has to be taken with one shot.  
I try to tell people that but they don't listen.*

ROBERT DE NIRO

en *The deer hunter*, de Michael Cimino

Nadie me creará nunca, pero la Gran Guerra comenzó cuando mi tío Otto y mi padre cazaron en el bosque un ciervo que tenía un ojo de cristal. Se sentían felices con su hallazgo, un golpe de fortuna, y nadie quiso dar explicaciones al misterio. Era la consecuencia lógica de un mundo en el que estaba permitido que al atardecer Helga Helleboid, orgullosa descendiente de hugonotes franceses, se sentara en el piano a tocar Schumann y el bosque se quedara en silencio. Los pinos dejaban al viento en equilibrio sobre sus agujas para poder envejecer felizmente mientras la escuchaban. Tocaba y parecía que la realidad todavía fuera capaz de extenderse y llenarse de campos que desconocían el dolor que causa una pisada humana sobre la hierba, que mereciera la pena vivir porque todavía quedaban árboles que nuestra mirada todavía no había corrompido.

Todos estábamos enamorados de Helga. Cuando atardecía me encantaba sentarme sobre el prado que estaba cerca de su casa para escucharla. Su piano me decía que todavía era posible ser como los héroes de las obras de teatro de Schiller. Un héroe de este tiempo en el que todos los carros de caballos llevaban al progreso, a la paz y a los elogios del profesor Kleinsmann por mi buena caligrafía, mi pasión por los clásicos romanos y la perfección de mi acento francés. El profesor me decía divertido que parecía un alegre meridional de Toulouse cuando me ponía a leer en voz alta a Molière.

El tío Otto diseñaba joyas para la fábrica de bisutería que daba de comer a medio pueblo y fabricó para mi tía un collar de piedras cuarzo que desembocaban delicadamente en el ojo del ciervo. Sería el secreto de la familia, la piedra más valiosa del mundo, una perla que ha nacido de la solidificación de las lágrimas de un animal bueno. Recuerdo que mi tía se sentaba al atardecer en la puerta de casa, mientras el día se acababa y todos nos poníamos algo tristes. Entonces, la perla tomaba un color verde oscuro. Sin embargo, había esperanza: la única explicación posible de la llegada de la noche era que Helga había conseguido encerrar todos los recuerdos alegres de la jornada dentro de su partitura. Mi primo Hans decía que el ojo veía de nuevo cuando estaba en contacto con la piel de su madre. La vida era agradable. Cómo nos reíamos cuando mi padre y el tío Otto nos llevaban a todos en el carro a tomar un helado y se ponían a imitar el modo de hablar de los alsacianos.

Hans una vez me dijo que a través de la piedra se podía el ver el futuro. Hans y sus ideas extrañas. Se trataba de un buen futuro. Para él, la naturaleza se había inclinado definitivamente ante el progreso de la civilización y nos había regalado aquella piedra como prueba de nuestro triunfo. Ésta sería la última vez que ocurría algo mágico. Un homenaje póstumo a un mundo nuevo. Nos esperaba un mundo eléctrico, triunfante y él sería marinero y atracaría en el puerto de Nueva York y vería el amanecer sobre

Shanghai y se haría rico en las colonias de Camerún y, de viejo, sería dueño de la mayor fábrica de bisutería de la comarca. No habría diferencia entre el cuarzo y el diamante y todas las obreras de Berlín y Londres parecerían damas de la alta sociedad en las verbenas gracias a que llevarían pulseras, collares, anillos, broches de la compañía de Hans Sternberg. Un toque de clase al alcance de todo el mundo. La felicidad al alcance de todo el mundo.

Yo me habría conformado con que la piedra me dijera que Helga se casaría conmigo y que iríamos a vivir a París. Yo sería un respetable filólogo de la Sorbona y mis lecciones sobre Mme. de Staël y el simbolismo serían memorables. En un hotelito cerca de los Campos Elíseos, ella tocaría Schumann sólo para mí, bloquearíamos todas las ventanas con apretadas redes de cobre para que ninguna de las mariposas que rompía su crisálida dentro del piano consiguiera escapar de nuestra intimidad. Ah, soñar París con Helga, ya pueden volver los hugonotes de su exilio. Lloraríamos juntos en el callejón en el que se ahorcó Gerard de Nerval. Un mundo decente y respetable, con alumbrado eléctrico gratuito para todos. Los mismísimos griegos de la antigüedad se morirían de envidia si nos vieran. De París, sólo pensaba en la Sorbona y en los Campos Eliseos, pero eso me bastaba para soñar. En aquella época tenía unos sueños de lo más civilizado.

Diez años después, vería a Hans en su lecho de muerte. A pesar de ser una piltrafa desdentada y delirante, me parecería satisfecho. Quizá mi primo no supo dar la interpretación justa a la luz de la perla. Un marinero con cáncer de pulmón. Una víctima del escorbuto que se podría enseñar con deleite al alumnao en una clase de medicina. No sufrí al verle así. Para entonces ya no me hacía daño nada. Me habían criado con eficiencia dentro de un invernadero lleno de gas asfixiante en el frente occidental y estaba de vuelta de todo. Conmigo estaban Franz Bauer, su camarada, su amigo inseparable durante la guerra y Helga. Helga intentaba comprender, dar una articulación lógica a todo

aquello, como si la muerte de mi primo y la inflación desmesurada pudieran explicarse con el rigor matemático de una sonata. Al final, lloraba porque no entendía nada. Franz Bauer cogía a Hans de la mano y asentía muy serio a todo lo que decía. Yo supe mantener la compostura. Había sobrevivido al fin del mundo. El mundo se había terminado y ya daba todo igual. Al salir, Bauer nos dio con mucha discreción un boletín de propaganda del Spartakus. La única salvación de Alemania era la revolución sin cuartel, que el proletariado tomara por la fuerza el poder que le correspondía legítimamente. Lo acepté. Peores cosas se oían en aquellos años. Helga llevaba el collar con la perla del ciervo y tuve la sensación de que en, aquel momento, era de color negro. Sin embargo, parecía que emitía una luz. La luz negra que ahora nos iluminaba a todos.

Pero volvamos al lugar en el que las casas tenían techos de cobre y eran antiguas porque dentro la gente llevaba siglos comiendo con tranquilidad buñuelos de patata y nadie quemaba los bosques para que los supervivientes a la masacre construyeran encima apresuradas fábricas de aparejos de ortodoncia. La salvación de nuestro pueblo. Mi tío Otto también había mirado a través de la piedra. Y, desde entonces, le había entrado una pasión desmesurada por la caza furtiva. En el pueblo le empezaron a poner apodosos graciosos. Primero salía sólo las noches de luna llena cuando había algo de luz para orientarse dentro del bosque. Sin embargo, poco a poco, empezó a tener una mayor predilección por las sombras. Cosas de la edad y el desorden de costumbres. Decía que era capaz de atinar en el lomo a cualquier animal a oscuras guiándose sólo por el ruido de sus pezuñas sobre las hojas podridas. Tío Otto era un cazador compasivo y sólo disparaba una vez a sus presas. Decía que a los animales siempre había que darles una oportunidad para escapar. Para él, los ciervos tenían mirada humana y por eso se merecían una mínima consideración. Al principio, mi padre lo acompañaba en sus aventuras nocturnas. Cuando las cosas empezaron a poner-

se extrañas de verdad y el piano de Helga empezó a sonar con fantasmal inquietud o, al menos, eso me parecía a mí, mi madre prohibió a mi padre salir de casa a participar en las excentricidades de su hermano. Tío Otto tomó a mal su nueva condición de cazador solitario, atrapado por voluntad propia en el delirio húmedo de los troncos. Una vez, destrozó los cristales de nuestro balcón de un escopetazo después de que mi madre le dijera que de noche su marido no estaba para nadie y menos para él.

Al final, mi tío salvó el pellejo por un pelo. La civilización nos dice que, por la noche, el hombre debe estar en casa con su familia, fumarse una buena pipa y leer, si es libertino, las *Elegías Romanas* de Goethe. Así se levantará al día siguiente descansado y dibujará con la cabeza clara esos diseños que hacen que el dueño de la fábrica aplauda mientras parece que las venitas rojas de su nariz están a punto de explotar de alegría.

Muchos años después tuve dudas. Me pregunté si el cristal no le habría dicho la verdad, que su hijo moriría feliz, con una sonrisa sin dientes, después de tirarse tres años en el Mar del Norte en un barco con bandera argentina y un pequeño cañón camuflado para hundir todo aquello que se acercara lo suficiente como para dejar entrever que tenía algo de inglés. Lo pasó mal Hans. La civilización sólo admira a los piratas durante los tiempos de paz. Y Hans estuvo tres años sin atracar en ningún puerto en el que pudiera enterrar sus tesoros en las tripas del alcantarillado público. Y en el barco se juntó con malas compañías. Quizá, mi tío se internaba en el bosque para perseguir a la muerte de su hijo, que lo esquivaba con saltos afilados entre los árboles más viejos.

Quizá lo sabía todo y se avergonzaba de que su hijo hubiera comprendido en un barco a la deriva que morirse sólo era un accidente sin importancia, una minucia y que, en un futuro no muy lejano, todos los muertos resucitarían gracias a los modernos adelantos técnicos y que, en naves espaciales, irían hasta una ciudad de paso, una zona franca de libre comercio dentro de una

de las manchas solares. Allí se quedarían un año o dos hasta realizar todos los trámites burocráticos necesarios. No es una broma reconstruir y resucitar a todos los muertos de la historia de la humanidad, con la de desgracias que han pasado, y además darles un hogar como Dios manda. Una vez superado el papeleo, a Hans le asignarían Marte, un destino de lo más coqueto, muy cerca de la tierra, comodísimo para hacer visitas a su numerosa descendencia durante las fiestas de Navidad. Eso fue lo que nos dijo Hans. No puedo demostrarlo, pero estoy seguro de que tío Otto ya lo sabía. El cristal tuvo durante aquellos meses un brillo rojizo que volvía muy atractiva a su mujer. Pero si encontrarnos con nuestra propia muerte puede resultar, según las circunstancias, la cosa más sencilla del mundo, cazar con una escopeta y mucha paciencia la de los demás es algo literalmente imposible.

Por la noche, los bosques hablan, hacen largos monólogos en el lenguaje cansino de las plantas. Si uno se queda algo de tiempo escondido entre los árboles, a esperar a que llegue el ciervo que matará a su hijo, los pinos lo acogen provisionalmente con benevolencia. Piensan que es un turista extranjero que ha venido a hacer una breve visita y a disfrutar de los logros de la civilización de la hoja perenne y las raíces profundas y lo tratan con esmerada cortesía. Hacen un esfuerzo e intentan hablar con un gracioso acento extranjero el idioma de los hombres que viven cerca de ellos. El crujido orgánico de la madera viva le dice siéntase como en su casa y disculpe si no le podemos ofrecer una cerveza bien fría, no es nuestra costumbre. Comunión con la naturaleza.

Buenos lectores del Obermann, estos árboles. Si no los hubieran destrozado los bombardeos aliados, hubieran servido para hacer papel para libros de filosofía. Sin embargo, si el visitante se queda demasiado tiempo, el viento empieza a soplar con violencia. Hay que limpiar el aire. Los huéspedes no deseados empiezan a oler mal si se quedan demasiado. Las ramas se vuelven amenazadoras y rasgan los abrigos de los cazadores. Las

hojas secas se levantan y se pegan a la cara y uno ya no ve nada y se pierde y el bosque lo echa a patadas en el culo. Así es como nacen las leyendas.

Una noche no volvió a casa y, de madrugada, medio pueblo salió a buscarlo. Quinqués encendidos en las manos. Los invitados de honor a una boda de luciérnagas. La búsqueda no duró mucho. Lo encontraron tumbado en el prado en el que yo me solía sentar a escuchar los ejercicios de piano de Helga. Estaba inmóvil y tenía los ojos muy abiertos, vidriosos. En aquel momento, me pareció que estaba muerto. Me equivocaba: poco tiempo, demasiado poco tiempo después, aprendería que los muertos son muy, muy distintos a como me los imaginaba entonces.

Pasó tres días con fiebre. Decía cosas sin sentido. Había sido una de las víctimas de una batalla que había tenido lugar aquella noche dentro del bosque. Dos ejércitos de fantasmas enfurecidos habían chocado justo donde se encontraba él esperando su presa. Sobre él habían pasado los cascos de los caballos y le habían aplastado las costillas. Había visto como las flechas entraban por las rendijas de los yelmos y cómo los combatientes caían al suelo para luego volver a levantarse. No podían morir. Sólo podían luchar. En su cabeza todavía resonaba el silbido de la espada que choca contra la armadura y entonces se escucha un ruido como el de un terremoto y la tierra se abre y los caballeros siguen luchando en el aire, vuelan, mientras la lava sale a borbotones y lo inunda todo: los modernos automóviles, el Archipiélago de Hölderlin, las teorías antropológicas del Dr. Claude Bernard, las composiciones para piano de Listz, el amor entre George Sand y Alfred de Musset que tanto gustaba al profesor Kleinsmann. Y la batalla continúa, sin bajas, porque todos los combatientes ya están muertos. De entre los vivos sólo sobreviven los árboles, los únicos testigos posibles de la muerte que vuelve a nacer por una noche. Era justo que aquellos soldados respetaran el bosque. Sólo los hombres que están vivos, que todavía tienen miedo a la muerte, son capaces de quemar un árbol viejo.

El médico atribuyó el mal que sufría tío Otto a una excesiva retención de orina, a pesar de que tío Otto nunca había tenido problemas para hacer sus necesidades. Por lo visto, la orina que quedaba atrapada en el cuerpo le infectaba la sangre y embotaba su capacidad de razonamiento. No hubo necesidad de internarlo porque la enfermedad tenía causas fisiológicas. Lo estuvo sondando durante meses, hasta que consideró que estaba relativamente curado. Tío Otto dejó de ir de caza por la noche. Volvió a su vida ordenada y a la poesía equilibrada. Mi tía también dejó de ponerse el colgante con la perla. Decía que se había dado cuenta de que la perla era fría, muy fría. Tenía la sensación de llevar sobre el pecho un trozo de hielo que el calor de la piel no conseguía derretir.

La única secuela que le quedó a mi tío de todo aquello fue la prohibición terminante de que nadie bebiera líquidos cuando todos estaban a la mesa. No importaba que la pasta de fécula de patata que les preparaba la tía fuera densa como un ladrillo, ni siquiera el agua estaba permitida. Hans, al principio, sufrió con la nueva severidad de su padre pero acabó acostumbrándose, como a todo. En resumidas cuentas, poca cosa, nada que te pueda cambiar la vida. La perla se había quedado opaca y llevaba lo mejor que podía su ceguera dentro de un cajón de tocador. Había llegado un nuevo verano, nos empezó a apasionar el naturalismo francés, y dejamos de lado a los poetas simbolistas. Al menos, Zola y los hermanos Goncourt intentaban solucionar los problemas que afligían a la sociedad siguiendo un método científico. Eran unos libros realmente útiles, aunque nosotros los leyéremos sólo para disfrutar con el preciso horror de algunas descripciones. Cosas de la adolescencia. Nunca piensas que lo que lees un día te saltará en la cara. Helga cambió a Schumann por Chopin. Había progresado en su aprendizaje, ahora ya era una pianista sobresaliente y Hans, por fin, era consciente de que siempre había estado enamorado de ella, como yo.

Ahora, Hans se sentaba conmigo a escuchar a Helga. Los árboles habían perdido su antigua gravedad, el peso que el silencio de las ramas más viejas les había otorgado. Mientras la música germinaba y llenaba de luz el interior de sus troncos, parecían querer ser humanos, disfrutar de la felicidad que nos estaba reservada. Las notas se enredaban con sus raíces y se abrían nuevos caminos subterráneos que llevaban a nuestro interior, que estaba lleno de espejismos de corcheas, silencios y frágiles conclusiones, belleza. Y se alimentaban de nosotros y creían, como nosotros, en la civilización. La naturaleza sólo era una pequeña esquirla, un objeto inútil y hermoso, que se había desprendido de la humanidad.

Sin embargo, tenía la impresión de que en aquel momento Hans no era capaz de escuchar la música. Sólo reconocía las manos de Helga, llenas de ágil lejanía dentro del marco de su ventana. Corrían con desesperación sobre un piano que tenía un jarrón de flores estampadas encima y se escapaban de las teclas y vertían su reflejo como una flor líquida sobre los rododendros del jardín. Quizá veía nuestro futuro como un racimo de manos prisioneras de dedos blancos y larguísimos. Quizá pensaba que los murciélagos son capaces de soñar durante las mañanas de helada. Y su velocidad nos daba toda la lentitud que necesita una vida que se está terminando. El fin del mundo latía en el tacto de las falanges de Helga. Nosotros todavía no lo sabíamos.

Me había dado cuenta de todo y decidí adelantarme a mi primo. Estaba convencido de que Helga estaba reservada para mí. Un sábado fui a buscarla a casa para que paseáramos juntos por un camino de grava blanca que marcaba la frontera de nuestro pueblo con el bosque. Allí me declaré con sobriedad adolescente. Le dije que la amaba, que la escuchaba tocar el piano todas las tardes desde hacía un año y que era imposible no querer a una persona capaz de hacer una música tan bonita. En el frente occidental, muy poco tiempo después, mis camaradas se partían de risa cada vez que contaba la historia mientras jugábamos a las

cartas. Y yo decía procacidades sobre ella y todos aplaudían para poner un guirnalda de fiesta al horror del que desgraciadamente habíamos salido enteros el día anterior. Todas las putas de la retaguardia se llamaban Helga.

Helga me rechazó porque odiaba la música, odiaba el piano con todas sus fuerzas. Todo aquello formaba parte de la disciplina necesaria para poder disfrutar en casa, al principio, de una niña prodigio. Después, la joven concertista recorrería todos los teatros de Europa. Dijo odio, música, madre, cárcel. Yo discutí y repetí música, belleza, talento innegable. Así, ésas fueron mis palabras. No podía comprender que alguien odiara tanto algo que entonces yo creía que podía dar sentido a cualquier cadena perpetua. Ella me miró con asco. Se sentía una mecanógrafa que empareda su juventud con acordes dentro de un jarrón de flores estampadas. Mis años en París con Helga, mis clases de literatura en la Sorbona se llenaron de finas grietas, de esas que hay sobre los lechos de los ríos secos. Y me dejaron de importar los elogios que el profesor Kleinsmann daba a mi caligrafía y a mi acento de Toulouse. No lo sabía, pero dentro de poco sólo utilizaría mi esmerado francés para cagarme en la madre de los que estaban al otro lado de la trinchera. Así, a grito pelado. Helga era para Hans, que era capaz de leer en el sufrimiento de sus dedos.

Antes de ir como voluntario a su prisión de barcos mercantes hundidos y redenciones astronómicas, Hans le regaló el ojo del ciervo. Su madre ya no lo quería. Mientras Hans subía al tren, entusiasmo y teatro de marionetas, soldados de madera, balas de corcho, vi como Helga apretaba la perla con la mano derecha y me pareció que escapaba entre sus dedos un resplandor violeta.

Después de que Helga me rechazara empecé a ir de caza con mi padre. Me parecía estúpido eso de dar una segunda oportunidad a los ciervos. No eran sino animales, bestias estúpidas a nuestro servicio y cuantos más tiros les metieras en el lomo, en las tripas, en la cabeza, mejor que mejor. Terminabas antes. Sin embargo, tenía que respetar las normas que mi padre y tío Otto

habían seguido desde siempre. Normas estúpidas. Si tenemos armas, ¿por qué no podemos utilizarlas? Aprendí a esconderme entre los árboles y a no pensar en Helga mientras esperaba que el ciervo apareciese. Esperar en silencio, hacerte invisible porque deseas la muerte de algo, actuar con precisión cuando llega el momento... me sentía libre, todo lo libre que se puede llegar a sentir un hombre durante aquellas mañanas de caza, lejos de los libros, los jardines podados, la tarde sobre el prado, el corsé con cintas rosas que todos llevábamos desde el nacimiento. Y las partituras se llenaron de animales muertos, de pellejos que se ensucian con barro y hojas muertas mientras los arrastras de vuelta a un hogar caliente, a tu normalidad sin esqueleto, a un lugar en el que la música de Helga no era más que una tortura interesada y mercenaria.

El Zar movilizó sus tropas después de que Austria declarara la guerra a Serbia. Y el Kaiser respondió con una declaración de guerra a Rusia. Francia también se movilizó. El 3 de agosto de 1914, nuestros soldados ocupaban Bélgica y estábamos en guerra con Francia e Inglaterra. El profesor Kleinsmann, seguro de que su vida seguiría siendo la misma con guerra o sin ella, empezó a hablar con desprecio de Francia y de la lengua de sus habitantes. Quién diría que hasta entonces nos la había enseñado con tanta dedicación. París ya sólo existía para que lo ocupara nuestro ejército y eso ocurriría en pocos meses, no había duda. Francia, una civilización decadente, un gran burdel. Toda la clase se dejó contagiar por su entusiasmo. El rostro de Mme. de Staël se acartonaba sobre la cubierta de una gabarra que naufragaba en el Sena con todos sus pasajeros dentro.

La última vez que mi padre y yo salimos de caza juntos antes de la guerra, vimos un ciervo enorme, el padre de todos los ciervos, como contaría mi padre. Tenía un pelaje blanco y lanoso. Parecía destinado a vivir en un lugar donde la nieve no se derretiera nunca para poder ocultarse dentro del frío. No se dio cuenta de nuestra presencia. Caminaba dando tumbos. Su corna-

menta se enredaba entre las ramas de los pinos y las agujas secas caían con un lamento crujiente. De vez en cuando, chocaba contra un tronco. Me di cuenta de que estaba ciego. Dos hilos rojos bajaban desde sus párpados hasta la quijada. No se quejaba. Caminaba en silencio, como si hubiera sido capaz de aceptar su destino. Me sentí solo, nunca en mi vida me sentiría tan solo. Los rayos del sol que se filtraban entre las copas de los pinos llenaban todo de una borrosa soledad. No podía ser de otra manera. Disparé dos veces y fallé. Sí, tenía que ser así. Sabía que no sería la última vez que aquel ciervo se cruzaría en mi camino